

jando. Un poco de latón, un poco de cola, papel dorado, terciopelo, y es bastante, á pesar de la miseria y del frío, para fabricar con la punta de los dedos, casi sin herramientas, sólo con habilidad é ingenio, esos objetos menudos, *bonitos* y *bien hechos*, como dicen los comercian-



tes ambulantes al ofrecerlos; pierrots, bailarinas, mariposas que mueven las alas, maravillas por cuatro *perros*, juguetes para pobres, fabricados por pobres, y en los cuales se marca el gusto delicado de este admirable pueblo.

Contando mi libro en voz alta, como es mi manía cuando estoy construyéndolo interiormente, hablé un día á Andrés Gill, el dibujante-pintor que era todo un artista, de aquella hija de Delobelle, tal como me disponía á describirla; me advertió que en una novela de Dickens, que yo no conocía, *El amigo común*, lucía exactamente la misma ficción de una joven enfermiza, modista de muñecas,

UNIVERSIDAD DE MONTPELLIER
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYER"
cdo. 1625 MONTPELLIER, FRANCE

escrita con esa ternura profunda de los humildes, esa hechicería del gran novelista inglés. Fué una ocasión aquella



para recordar que muchas veces me había comparado á Dickens, allá en tiempo lejano, cuando yo aún no había leído

UNIVERSIDAD DE MONTPELLIER
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYER"
cdo. 1625 MONTPELLIER, FRANCE

nada suyo, y mucho antes de que un amigo mío, á su regreso de Inglaterra, me dijese las simpatías de David Copperfield hacia *Poca-Cosa*. Un autor que escribe según ven sus ojos y según piensa su conciencia, no tiene nada que responder á esto, como no sea que hay ciertos parentescos de espíritu, de los cuales no se es responsable, y que el día de la gran fabricación de los hombres y de los novelistas, la naturaleza, sin duda distraída, pudo muy bien mezclar las pastas. Yo siento en mi corazón el amor de Dickens á los pobres, á los desgraciados, á la infancia mezclada en las miserias de las grandes poblaciones; he tenido, como él, una terrible entrada en la vida y la obligación de ganarme el pan antes de cumplir dieciséis años; supongo que en eso estriba nuestro parecido. A pesar de todo, fué para mí una gran contrariedad aquella conversación con Gill, y renunciando á mi muñequera, traté de buscar otro oficio á la hija de Delobelle. Pero esas cosas no se inventan; y ¿dónde ir á encontrar una profesión tan poéticamente quimérica como la de vestir muñecas,

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
DE ASTORIA
ASTORIA, OREGÓN
1911

y que permitiese hacer lo que yo había pensado: un tipo de gracia exquisita en la miseria, de sueño sonriente bajo las ennegrecidas vigas de una guardilla, de dedos capaces de dar cuerpo á las ilusiones del deseo? ¡Ah! ¡Cuántas cosas sombrías registré aquel año, cuántas escaleras oscuras, con pasamanos de cuerda, subí, en busca de mi ideal, entre el número infinito de pequeñas industrias! Al fin, cuando ya desesperaba, mi terquedad obtuvo su recompensa.

Un día, en la calle del Temple, en uno de esos cuadros que hay en las puertas de algunas casas, en las cuales se inscriben, para comodidad de los parroquianos, todas las industrias que hay en los pisos del edificio, leí este letrero dorado que me deslumbró:



Esa costumbre mía de que acabo de hablar, esa costumbre de relatar en voz alta mis libros mientras los estoy pensando, es un procedimiento de trabajo como otro cualquiera. Explicando mi obra á los demás, dilucido mi asunto, me penetro de él, ensayo ante mis oyentes

los pasajes que han de llamar la atención, y estas conversaciones me proporcionan sorpresas y descubrimientos que conservo, gracias á mi buena memoria. ¡Desgraciado del que viene á visitarme y me interrumpe en medio de mi fiebre

creadora! Continúo implacablemente delante de él hablando en vez de escribir, retocando bien ó mal, pero de un modo ininteligible para él, las diferentes partes de mi novela; y á pesar del fastidio, á pesar de la distracción visible de mis ojos, que tratan de huir una improvisación abundante, edifico un capítulo y lo desarrollo de palabra. En París, en mi



gabinete de trabajo, en mis paseos por el campo ó embarcado, he llegado á fastidiar á muchos compañeros y amigos que no podían sospechar su muda colaboración. Pero

mi mujer es la que más ha soportado estas molestias del trabajo hablado, del asunto torcido y retorcido veinte veces seguidas: «¿Qué pensarías haciendo morir á Sidonia?... ¿Si dejase vivir á Risler?... ¿Qué debe decir Delobelle, ó Francisco, ó Clara en esta circunstancia?»

Y esto desde por la mañana hasta la noche, en todos los momentos, en las comidas, en el coche, en el teatro, al regreso de una reunión, en una de esas carreras de coche de alquiler que cruzan por entre el silencio y el sueño de París.



¡Ah! ¡Pobres mujeres de los artistas! Es verdad que la mía es tan artista á su vez, que ha tomado gran parte en todo cuanto yo he escrito. No hay ni una página que ella no haya repasado, retocado, sobre la cual no haya echado un poquillo del polvo de sus alas azul y oro. ¡Y es tan modesta, tan sencilla, tan poco mujer de letras! Había yo dicho esto un día dando testimonio de su cariñosa infatigable colaboración en la dedicatoria del *Nabab*; mi mujer no consintió que se publicara aquella dedicatoria, y la conservé solamente en una docena de ejemplares para los amigos, muy pocos, y que ahora recomiendo á los aficionados.

Ya he dicho mi procedimiento para trabajar. Cuando todas mis notas están tomadas y los capítulos ordenados y separados, y los personajes vivos y en pie en mi espíritu, empiezo á escribir de prisa y en borrador.

Apunto las ideas y los acontecimientos, sin tomarme tiempo para una redacción, no ya completa, sino ni siquiera correcta, porque el asunto me asedia, me agujonea, y se desborda en porme-

nores y caracteres. Cuando he llenado una cuartilla, se la doy á mi colaborador, vuelvo á verla yo después, y por fin la copio con gran satisfacción. Satisfacción de colegial que acaba su tarea, retocando algunas frases, completando, afinando; ese es el mejor periodo del trabajo. Así fué hecho *Fromont*, en uno de los más antiguos hoteles del Marais, donde tenía yo un gabinete de trabajo, cuyas ventanas anchas, altas, magnificas, permitían ver desde dentro lo verde del jardín. Pero al otro lado de aquella zona de calma y de gorjeos de pájaros estaba la vida obrera de los barrios, las columnas de humo que salen de las altas chimeneas de las fábricas, el rodar de los camiones, y aún me parece estar oyendo sobre el empedrado de un patio cercano los vaivenes de un carretón de comercio que en la época de los regalos de Pascua, arrastra tambores y más tambores para los niños, hasta lassiete de la noche, cuando ya estaba muy oscuro. Nada tan sano ni tan bueno como trabajar en la atmósfera misma del asunto, en el medio en el cual siente uno moverse á los

personajes. La entrada y salida de los talleres, las campanas de las fábricas, pasaban por mis cuartillas á horas fijas. No tenía yo que hacer ni el menor esfuerzo para encontrar el color y el ambiente, porque ellos me invadían por todas partes. Todo el barrio me ayudaba, me animaba, trabajaba conmigo. En los dos extremos de la inmensa habitación, mi mesa grande y la mesita de mi mujer, y corriendo, pasando las copias de uno á otra, mi hijo mayor, pipiolo hoy, y entonces un chicuelo de espesos bucles rubios que cafan sobre su delantal manchado con la tinta de sus primeros *palmotes*. Es uno de los mejores recuerdos que tengo de mi vida de escritor.

A veces necesitaba un detalle más lejano, una nota tomada en un sitio determinado; entonces toda la familia se ponía en marcha para ir en busca de la impresión.

La comida de Risler y de Segismundo después de la ruina, la hice con mi mujer y mi hijo en el Palais-Royal, á la hora de la música, cuando las sillas de paja en semicírculo y la actitud de las gentes

que escuchan hasta la caída del agua en el polvo de un día caluroso que llega á su fin, tienen una melancolía especial: el vacío y lo provinciano de París en verano. Me sentí impregnado de ella; y pensando en mi asunto, vivamente emocionado por aquella vulgar música de regimiento, me la figuraba acompañando con los instrumentos á la sordina la triste conversación de mis dos pobres personajes. La muerte de Risler necesitó una expedición todavía más larga; tenía yo en la memoria la casita del editor Poulet-Malassis, allá abajo, cerca de las fortificaciones, y allí había yo instalado á Planus, enfrente de aquellos montecillos poblados de flores amarillas, y pisoteadas y arrancadas por los que van á pasear por allá los domingos.

Era necesario ver de nuevo el paisaje, seguir la pista de Risler desde la puerta de su casa hasta la viga negra donde debía de ahorcarse, próxima á ese cuartel desde donde se descubre á París como se le ve desde las afueras; masa ahumada de cúpulas, campanarios, y techos con perspectivas de un gran puerto de

mar, en que las chimeneas fuesen mástiles de buques fondeados. Así obtuve todos los cuadros de mis capítulos. Ya no tenía más que escribir, y en aquellas



condiciones, con el drama, por decirlo así, imaginado, ilustrado por mis recuerdos y paseos, el trabajo estaba medio hecho.

Fromont, menor, y Risler, mayor, fué publicado en folletín por *Le Bien Public*,

y durante su publicación sentí por primera vez en torno de una obra mía verdadero interés de la muchedumbre. Clara y Desideria tenían amigos; censurábanme por la muerte de Risler y por las cartas que interceptó la cojita. La vida



no tiene nada mejor que ese nacer de la popularidad, que esa primera comunicación del lector con el autor.

El libro estaba destinado al editor Charpentier, instalado entonces en el muelle del Louvre, en un piso alegre y lleno de sol, casa deliciosa que se había convertido en predilecto punto de reunión para los hombres de letras. Al sa-

lir de su casa, después de una velada en el mes de Mayo, tuve á la vista del Sena, medio alumbrado por los faroles del muelle, entre las filas de puestos de flores, preparados para el mercado del día siguiente, tuve, repito, la visión de la muerte de Desideria Delobelle.

Aquel éxito de librería me asombró. Aceptado hasta entonces en un pequeño grupo artístico, no había pensado jamás en que mis obras fueran muy populares, y recuerdo mi alegre sorpresa cuando me anunciaron que se iba á hacer una segunda edición á los pocos días de puesto el libro á la venta, precisamente cuando iba yo temblando á enterarme del resultado que daba.

Pronto se sucedieron las tiradas de nuevas ediciones, luego llegaron peticiones de permiso para traducirlo en Italia, en Alemania, en España, en Suecia, en Dinamarca; también lo solicitaron de Inglaterra, pero un poco tarde. Es ese el país donde más difícilmente he penetrado, y eso que con mi gusto por las cosas íntimas parecía que había de gustar allí más que en los demás países.

Un detalle para concluir.

En aquel tiempo teníamos en casa de Gustavo Flaubert unas reuniones los domingos, las cuales fueron poco á poco haciendo de su grupito de escritores unidos por el respeto y la afición á la literatura, un grupo de verdaderos amigos. Era en la calle de Murillo, en una serie de pequeñas habitaciones que daban á un jardín muy cuidado y á las ruinas, aún no completas, del parque de Monceau.

Dentro, un silencio de hotel particular, con vistas á un parque, y una libertad de conversación artística que me ha proporcionado ratos deliciosos. Siempre cuatro de nosotros, algunas veces cinco, cuando Tourguéneff no tenía el ataque de gota, nos reuníamos una vez al mes á celebrar una comida, que llamábamos *banquete de los autores silbados*, y durante la cual se maldecía de la indiferencia de nuestra época para la literatura, y lo refractario que es el público á toda revelación nueva. El hecho es que ninguno de nosotros tenía la fortuna de agradar á ese público terrible.

Flaubert experimentaba la melancolía de los éxitos pasados, saboreados hasta las heces, hasta las censuras de la crítica y del público, que le hablaban siempre de su primer libro, haciendo de *Madame Bovary* un obstáculo glorioso para *Salammbô* y para la *Educación sentimental*; Goncourt parecía cansado, descorazonado por un gran esfuerzo, del cual se aprovechaba toda una nueva generación de novelistas, y los cuales lo dejarían á él—al menos así lo pensaba—á él, al investigador, casi desconocido.

De pronto yo era el único que sentía venir hacia sí la moda de muchos miles de ejemplares, y aquello me tenía confuso y como avergonzado delante de escritores de valer. Todos los domingos, cuando llegaba, me preguntaban:

—¿Y las ediciones? ¿Cuántas van?

Cada día era necesario empezar nuevas tiradas; verdaderamente ya no sabía dónde meterme yo y mi éxito.

—Nosotros no venderemos así jamás, decía Zola sin envidia, pero con un poco de tristeza.

Hace doce años de esto. Hoy sus nove-

las se imprimen por cientos de ediciones: las de Goncourt andan de mano en mano, y me echo á reír yo solo cuando recuerdo aquella nota triste y resignada: «¡Nosotros no venderemos así jamás!»

